

Nudo gordiano

Podemos otorgar a los manuscritos vincianos, con firmas topográficas actuales Mss. 8936 y Mss. 8937 (la denominación vulgar es la de *Códices Madrid II* y *I*, respectivamente)²⁵⁰, la condición de *fundacionales*, pues hemos de suponer que pasarían a la Biblioteca Real en los primeros momentos, cuando se incorporaron los volúmenes que se conservaban en las diversas dependencias del Alcázar Real a la primitiva y ya cuantiosa colección formada con los volúmenes procedentes de las bibliotecas confiscadas por Felipe V a los partidarios de su enemigo, el archiduque Carlos de Austria, en la Guerra de Sucesión.

Hay que tener en cuenta que en un primer momento quizás no existió una auténtica separación física entre los libros manuscritos, aunque se tenía clara conciencia de su singularidad, y los impresos; no obstante, la situación no se prolongó durante mucho tiempo. A la altura de 1761 ya está documentada incluso la separación, dentro de la colección de *Impresos*, de los «libros más exquisitos y de más raras y antiguas ediciones», es decir de los *Incunables*, también como colección singular. En un primer momento se utilizaron unas firmas topográficas formadas por dos cifras unidas por un guión, escritas en tinta, que aparecen tanto en manuscritos como en

²⁵⁰ Carlo Pedretti fue el primero en referirse a estos manuscritos con la denominación «Madrid Mss. II» y «Madrid Mss. I», en *Leonardo da Vinci inedito. Tre saggi*. Firenze: Giunti Barbèra, 1968, p. 10. En lo sucesivo pues, me referiré a los dos manuscritos respetando este orden de uso habitual, es decir, aludiré al Mss. 8937 como primero y al Mss. 8936 como segundo, sin tener en cuenta el orden de sus actuales firmas topográficas.

impresos²⁵¹. Los volúmenes que presentan este tipo de signatura topográfica llegaron pues a la Biblioteca Real entre 1712 y 1735, fecha aproximada en que se adopta un nuevo sistema de signaturas topográficas, formadas ahora por la letra o las letras que identifican cada armario, y un número correspondiente a la tabla²⁵².

En las *Constituciones* redactadas por el cuarto bibliotecario mayor, Juan Manuel de Santander y Zorrilla, y otorgadas en 1761²⁵³, se dice en el capítulo VIII, artículo 5, que «los libros y papeles manuscritos tendrán su índice general alfabético, así de los autores como de materias, compuesto con mucha mayor expresión e individualidad que el de los libros impresos...». No sorprende pues, que la más primitiva «Instrucción para formar el índice de los manuscritos de la Real Biblioteca» sea del 12 de agosto de 1762²⁵⁴. Según se establece en esa «Instrucción», los manuscritos se encuentran agrupados por materias en unos armarios identificados por letras, y colocados de acuerdo con una numeración de abajo arriba: las signaturas topográficas serán del tipo «A. 1» y «Aa. 1», etc. No quedan, pues, individualizados los volúmenes de cada tabla, en ocasiones en doble fila, por la falta de espacio. Este sistema de signaturas topográficas se mantuvo, en el caso de los manuscritos, hasta el momento en que se produjo el traslado de la colección a su sede definitiva en 1894-1896.

La presencia de los dos manuscritos vincianos en la colección desde los primeros momentos de la historia de la Biblioteca Real está documentada por la aparición de las signaturas topográficas «17-2» (aunque tal vez 11-2) en uno de los volúmenes, y «11-2», en el otro, escritas con tinta. Escritas con lápiz aparecen las signaturas topográficas «L-190» y «L-189», y en un tejuelo las signaturas topográficas, sin duda alguna posteriores, «Aa. 210» [sic] y «Aa. 119». En una fecha posterior se repetirán estas últimas signaturas, escritas a tinta, indicando correctamente «Aa. 120».

²⁵¹ Véase Luis Vázquez de Parga: «Algunas noticias sobre la organización y primera catalogación de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional», en *Homenaje a Federico Navarro: Miscelánea de Estudios dedicados a su memoria*. Madrid: Anabad, 1973, p. 435.

²⁵² José María Fernández-Pomar es quien indica en su *Catálogo de los manuscritos jurídicos griegos de la Biblioteca Nacional de Madrid*. [Santiago de Compostela]: Universidade de Santiago de Compostela. Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1997. (Cuadernos compostelanos de Derecho Romano; 9), p. 15, que este cambio de sistema se produjo tras la muerte del bibliotecario mayor Juan de Ferreras, en 1735.

²⁵³ BNE. Mss. 18846, ff. 21r-41v.

²⁵⁴ BNE. Mss. 18624².

Dentro de la Biblioteca Real se procedió a reencuadernar y en ocasiones a desmembrar algunos volúmenes. Los manuscritos vincianos fueron encuadernados en piel roja con hierros dorados, incorporándose a los mismos unas portadas funcionales, sin duda alguna redactadas por el benemérito bibliotecario Juan de Iriarte Cisneros. De su puño y letra se hacen constar su contenido, lengua, data y tipo de escritura. Conocida su trayectoria profesional dentro de la Biblioteca Real, su intervención en los manuscritos vincianos puede datarse entre 1751 y 1765²⁵⁵. Las hojas, a las que se incorporan los textos que las convierten en *portadas funcionales*, en el siglo XVIII, ya acompañaban a los manuscritos originales, puesto que en el caso del Mss. 8937 existía una anotación previa, en letra del siglo XVII, debida tal vez a un tasador de testamentaria, que apunta que la pieza era «de Leonardo da Vinci pintor famoso». Curiosamente Iriarte respeta la atribución de la autoría que encuentra en dicha hoja, pues no la tacha, pero no la hace propia, puesto que trata ambas piezas como si de obras anónimas se tratase. En el Mss. 8936 también una mano previa había anotado el número de folios, información anulada ahora con un adorno caligráfico.

Es lógico preguntarse por el momento en que las noticias catalográficas de los manuscritos vincianos se incorporarían al *Índice* o catálogo general; para contextualizar adecuadamente la respuesta es necesario volver a los primeros tiempos de la Biblioteca Real. Felipe V quiso disponer, en 1715, de «una razón o índice de todos los cuerpos de libros». La respuesta del bibliotecario mayor, Francisco de Roda, fue: «que no hay índice hecho, sino de solo una tercera parte de libros facultativos, y éste no está rigurosamente por abecedario, ni se puede hacer formalmente por ahora, porque no somos más que cuatro Bibliotecarios, y sin amanuenses, que estamos ocupados en dar libros a las personas que los buscan, y en atender no se los lleven»²⁵⁶.

En las *Constituciones* de 1761, antes recordadas, ya vimos que se fijaron las «normas» para confeccionar los índices: «los libros y papeles manuscritos tendrán su índice general alfabético, así de los autores, como de materias, compuesto con mucha mayor expresión e individualidad que el de los libros impresos [...] y cuidará mucho el Bibliotecario mayor de que este índice, por su mucha importancia, se haga con la debida exactitud crítica», exigencias a las que respondía la «Instrucción» del año siguiente. Pero en

²⁵⁵ Véase Luis García Ejarque: *La real Biblioteca de S.M. y su personal (1712-1836)*. Madrid: Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1997, pp. 502-503.

²⁵⁶ BNE. Mss. 18843, f. 2v.

el *Plan de Biblioteca*²⁵⁷ que en torno a 1800 presenta al rey el bibliotecario mayor Antonio de Vargas y Laguna, descubrimos, bajo el epígrafe «Índices de apellidos y materias de obras impresas y manuscritas», las siguientes informaciones de interés: «el de apellidos de autores le hay en los dos ramos, pero tan confuso el de las obras impresas que necesita formarse de nuevo», y «el de materias, que es el más esencial, no le hay en nada de lo impreso, y en los manuscritos sólo se ha principiado».

La situación no debió cambiar a tenor de las afirmaciones de Bartolomé José Gallardo, de 1840, en una «Rápida ojeada sobre la Biblioteca Nacional de Madrid, su Bibliotecario-mayor D. Joaquín Patiño y demás servidores *de ese importante cuanto desgraciado establecimiento*». Aunque la malquerencia del bibliógrafo extremeño hacia la Biblioteca Real es bien conocida, merece la pena citar el testimonio: «Es un dolor y mala vergüenza que en más de un siglo que la Biblioteca cuenta de existencia el público no posea todavía un índice general como lo tienen las naciones más cultas de Europa, no ya de sus libros Mss. sino ni aún de los impresos». Añade que «de los Mss. hai índice por separado pero improvisado por D. Francisco González, como pieza de examen para que lo hiziesen Bibliotecario sin más trabajo de su parte que poner en orden alfabético las zédulas que se habían ido haciendo de ellos desde el prinzipio de la Biblioteca y suplidas por él las que faltaban, resultó una obra de tarazea que está muy lejos de aquel primor atildado que requieren los Catálogos de Mss y abunda además en errores y yerros groseros»²⁵⁸.

La primera cita de los manuscritos vincianos figura en el tomo III de un primer inventario general de la colección de manuscritos redactado, presumiblemente hacia 1830, por el bibliotecario mayor Francisco Antonio González Oña²⁵⁹. En el verso del folio 310, en la entrada «Vinci (Lionardo da)», figuran los «*Tratados de fortificación, estática, mecánicas y geometrías, escritos al revés y en los años 1491, 1493*» y se añaden las signatures topográficas «Aa. 19.20», pero las signatures topográficas reales de ambos volúmenes, como antes he recordado, eran «Aa. 119» y «Aa. 120».

Ese inventario, sin declarar su autoría, se incluyó en 1866 en el tomo II del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de Bartolomé

²⁵⁷ BNE. Mss. 18846, ff. 91-150v.

²⁵⁸ Remito a la edición anotada de este texto que ofreció Luis García Ejarque en «Bartolomé José Gallardo y la Biblioteca Nacional», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 70 (1994), 3, pp. 317-366. Los textos citados figuran en las pp. 355 y 356.

²⁵⁹ BNE. Mss. 23236-23238.

José Gallardo²⁶⁰, como apéndice y con paginación propia 1-179. Allí aparece la noticia anterior con la corrección «Leonardo», en lugar de «Lionardo», pero con las signaturas erróneas. La edición del *Ensayo* corrió a cargo de Zarco del Valle y de Sancho Rayón, quienes advierten en nota, simplemente, que Gallardo copió su «Índice» «del que a la sazón regía y rige aún, en 3 en fól., en la Biblioteca Nacional».

Sorprende, sin duda, que una Real Orden del Ministerio de Gracia y Justicia, fechada el 20 de mayo de 1854, ordenase al director de la Biblioteca Nacional, Manuel Bretón de los Herreros, la edición de los índices de impresos y de manuscritos. La decisión política, radicalmente desinformada, no tuvo efecto alguno. Su sucesor, Agustín Durán, asumió responsablemente la tarea de dar cumplimiento, no precisamente a esa mentada e inviable orden política de 1854, sino a lo exigido por el Decreto Orgánico de la Biblioteca Nacional, de 3 de diciembre de 1856, y concretado más en pormenor por el Reglamento de la Biblioteca Nacional de 7 de enero de 1857. La construcción de los *Índices* de impresos fue la tarea prioritaria en los años siguientes. La preocupación por el *Índice* de manuscritos, si es que existió tal preocupación, fue algo secundario. No obstante hay que recordar que él mismo preparó unas correspondencias, que debían servir para encontrar las signaturas topográficas entonces vigentes de cada uno de los manuscritos que aparecían en el *Índice* de González Oña²⁶¹. En esta lista de correspondencias, las signaturas Aa. 119 y Aa. 120 carecen de referencia, y las signaturas Aa. 19 y Aa. 20 presentan una referencia doble, remitiendo en el primer caso a los folios 263v y 311v, y en el segundo a los folios 55r y 311v.

En esos primeros lugares indicados, los folios 263v y 55r, donde aparecen las referencias correctas, descubrimos que se trata de unos «Tratados jurídicos del siglo 14 y 15» y de unos «Remedios para la próspera y adversa fortuna» o, en otros términos, que nos remite a los manuscritos con las signaturas Mss. 9015 y Mss. 9016. En el folio 311v (aunque debió indicarse 310) sí aparece la noticia de los manuscritos vincianos.

Al incluirse la noticia de los manuscritos, aunque con las signaturas topográficas erróneas, en el apéndice II del *Ensayo* de Gallardo, se da a conocer su existencia, se despierta lógicamente el interés de los estudiosos y se sufren de inmediato y por demasiado tiempo las consecuencias del error cometido en la indicación de las signaturas topográficas.

²⁶⁰ Coordinan y aumentan los apuntamientos del autor, M. R. Zarco del Valle y J. Sancho Rayón. Madrid: Imp. y Estenotipia de M. Rivadeneya, 1863-1889.

²⁶¹ BNE. Mss. 23239.

En el libro de «Correspondencias» preparado por Antonio Paz y Mélia, en los primeros años del siglo xx, muy deteriorado por el uso, figuran indicadas las correspondencias de los dos pares de signaturas, es decir, las equivalencias Aa. 19 y Aa. 20 = Mss. 9015 y Mss. 9016, y Aa. 119 y Aa. 120 = Mss. 8936 y Mss. 8937²⁶². Presumo que preguntarse por qué no se valorarían debidamente en ningún momento esos manuscritos ya no tiene demasiado sentido.

«*Dramatis personae*» y *Primer acto*

La noticia del *redescubrimiento* de estos dos manuscritos vincianos la ofreció Jules Piccus, un estudioso ajeno totalmente a estos manuscritos por su especialidad e intereses, en una conferencia de prensa, celebrada en un hotel de Boston el día 13 de febrero de 1967, declarando que él personalmente, por casualidad, los había encontrado en la Biblioteca Nacional, en Madrid, dos años antes. Se anunció también que existía un contrato firmado hacía pocos días, el 7 de febrero, por parte de la Universidad de Massachussetts, en Amherst, con dicha Biblioteca Nacional, para la edición de los manuscritos, bajo la responsabilidad científica de quien se proclamaba descubridor y del leonardista Ladislao Reti.

La noticia corrió como la pólvora a partir de la firmada por Walter Sullivan en el *The New York Times* del 14 de febrero: «700 pages of Leonardo Mss. found in Madrid», acompañada de buen número de reproducciones. El *ABC* del día 15 de febrero incluía un artículo de José María Massip: «Descubrimiento de dos manuscritos —Setecientas páginas— de Leonardo de Vinci en la Biblioteca Nacional de Madrid. Un profesor norteamericano asegura que, buscando originales de baladas medievales, realizó el hallazgo, al encontrar una anomalía en las fichas de los catálogos. Los originales de Leonardo, referidos al movimiento de máquinas hidráulicas, serán publicados en Estados Unidos antes que en España». El largo artículo del corresponsal en Estados Unidos incluye el párrafo siguiente:

Yo, que admiro a este gran país, que respeto el afán y los logros de sus grandes universidades, tengo que confesar que esta vez no entiendo lo que se ha hecho en Madrid con los manuscritos de Leonardo de Vinci, entregados a la explicable voracidad intelectual y universitaria de un país extranjero, cuando España podía haberlos retenido y lanzado con

²⁶² BNE. Mss. 23242, pp. 199 y 201.

su *imprimatur*. Alguien, en alguna parte, ha fallado en este importante asunto de los manuscritos madrileños de Leonardo, y sería buena, me parece, una explicación inteligible.

El acontecimiento fue motivo para multitud de textos periodísticos, cuyo recuerdo carece hoy día de interés. La difusión de la noticia del hallazgo entre los estudiosos de Leonardo da Vinci fue, también, inmediata. Ofrecieron primeramente notas periodísticas y, posteriormente, importantes artículos, Anna Maria Brizio²⁶³, Franco Occhiuzzi²⁶⁴, Marco Rosci²⁶⁵, Nando de Toni²⁶⁶, etc., pero interesa ante todo destacar otro acontecimiento inmediato: la autorización otorgada por el Comité Ejecutivo de The Renaissance Society of America, el día 10 de mayo de 1967, a Paul Oskar Kristeller (Columbia University in the City of New York) para constituir una comisión con Theodore S. Beardsley, Jr. (The Hispanic Society of America) y Carlo Pedretti (University of California, Los Angeles) con el propósito de investigar las circunstancias del *redescubrimiento*. Estaban en ellos representados, respectivamente, los historiadores del Renacimiento, un buen conocedor de la Biblioteca Nacional de Madrid y de sus bibliotecarios de manuscritos, los hispanistas y los leonardistas. Kristeller viajó a Madrid, visitó la Biblioteca Nacional durante los días 31 de mayo y 3 de junio de 1967, y luego a finales de octubre, y procuró hablar con todas las personas más o menos relacionadas directamente con el acontecimiento.

Kristeller, Beardsley y Pedretti redactaron un primer informe el 11 de noviembre de 1967. Lo sometieron al examen de todas las personas implicadas y, aunque en un primer momento consideraron la posibilidad de hacerlo público, finalmente decidieron mantenerlo en secreto. En la prensa, vieron la luz otros tantos artículos desinformados y tendenciosos; sin embargo, lo

²⁶³ «Due grandi codici di Leonardo ritrovati nella biblioteca di Madrid», *Il Corriere della Sera*. Milano, 92 (14 febr. 1967), n.º 37, p. 3. Poco después publicaría «Correlazioni e risposdenze fra il ms. 8937 della Biblioteca Nacional di Madrid e il Ms. A dell'Institut de France», *L'Arte*, 3-4 (1968), pp. 106-111.

²⁶⁴ «I codici leonardeschi ritrovati sono la "grande scoperta del secolo"», *Il Corriere della Sera*. Milano, 92 (15 febr. 1967), n.º 38, p. 3.

²⁶⁵ «Inaspettata scoperta a Madrid. 700 nuove pagine di Leonardo», *Atlante*. Novara, 28 (1967, aprile), pp. 82-91.

²⁶⁶ «Contributo alla conoscenza dei manoscritti 8936 y 8937 della Biblioteca Nazionale di Madrid», *Physis: Rivista Internazionale di Storia della Scienza*. Firenze, IX (1967), 1, pp. 5-90.

que preocupó a los comisionados fue la publicación de trabajos como el de Ladislao Reti, «The Leonardo da Vinci Codices in the Biblioteca Nacional de Madrid»²⁶⁷, en el que se enorgullecía de haber sido el primer leonardista que pudo tener en sus manos «the marvelous codices», y «The two unpublished manuscripts of Leonardo da Vinci in the Biblioteca Nacional of Madrid -I [-II]»²⁶⁸. Por su parte, André Corbeau reclamaba el honor del descubrimiento de los manuscritos y pedía para ellos los nombres de *Codex corvinus matritensis 8936* y *Codex corvinus matritensis 8937*. De tal modo se expresó en su ponencia «La découverte des manuscrits de Madrid», leída en el «Simposio Internazionale di Storia della Scienza *Leonardo nella scienza e nella tecnica*», celebrado en Florencia y Vinci, durante los días 23 a 25 de junio de 1969. El texto circuló multicopiado entre los estudiosos, aunque las actas solo salieron a la luz en agosto de 1975²⁶⁹. En tales circunstancias, los comisionados redactaron un *Report on the rediscovery of the Leonardo manuscripts in Madrid, prepared for the Executive Director of the Renaissance Society of America*, que consideraron definitivo y fecharon el 1 de noviembre de 1970²⁷⁰. Únicamente se publicó una breve *Notice*, en *Renaissance Quarterly*, en 1971²⁷¹. Fijaron un plazo de reserva de 35 años antes de que pudiera ser consultado o publicado el *Report* definitivo por cualquier estudioso interesado. Dicho plazo concluyó el día 1 de enero de 2006²⁷². Desde esta última fecha, no se ha publicado noticia alguna al respecto en *Renaissance Quarterly* para recordar el hecho. No extraña: ha transcurrido demasiado tiempo y el asunto a muy pocos interesa ya; no obstante, merece la pena recordar los datos de particular interés incluidos en el citado *Report*.

Vuelvo al punto en que dejé mi relato. En noviembre de 1898 el profesor E. de Marinis, de Florencia, apoyado en el *Ensayo* de Gallardo, no logró

²⁶⁷ *Technology and Culture*, 8 (1967, oct.), 4, pp. 437-445.

²⁶⁸ *The Burlington Magazine*, CX (1968), pp. 10-22 y 81-89.

²⁶⁹ *Atti del Simposio Internazionale di Storia della Scienza: Leonardo nella scienza e nella tecnica: Firenze-Vinci*, 23-26 giugno 1969. Curato da Carlo Maccagni. Firenze: Giunti Barbèra, 1975, pp. 1-12. Véase en particular la p. 11.

²⁷⁰ Firmado en Nueva York, por Beardsley, el 4 de noviembre; en Bolonia, por Pedretti, el 20 de noviembre; y finalmente por Kristeller, el día 22 de diciembre de 1970.

²⁷¹ XXIV (1971), 3, pp. 430-431.

²⁷² Agradezco la impagable ayuda del Dr. John O'Neill, Curator of Manuscripts and Rare Books de The Hispanic Society of America, para poder consultar el conjunto de fotocopias de los materiales reunidos por la comisión, es decir, la copia reservada para Theodore S. Beardsley, Jr.

ver los manuscritos. Relata el frustrado intento de localización de ambas piezas, a causa del error en las correspondencias de las firmas, en carta fechada en Madrid, a 15 de noviembre de ese año, publicada mucho más tarde en *Raccolta Vinciana*²⁷³. Kristeller anota en el informe que él también trató de localizarlos infructuosamente en 1952 y que igualmente fracasó en su empeño Guido Favati; sin embargo, añade que algunos de cuantos habían tenido libre acceso al depósito, como es el caso de José Ibáñez Cerdá, en 1943²⁷⁴, habían visto los manuscritos. Sin embargo, al no tener constancia de ningún fallo en la correspondencia de las firmas, nada habían escrito sobre el particular²⁷⁵. Sin duda alguna, el leonardista más empeñado en la búsqueda fue André Corbeau, desde un primer intento en 1957, y a través de su correspondencia con José López de Toro entre mayo de 1959 y enero de 1961, hasta la publicación de su artículo «Les manuscrits de Léonard de Vinci. Contributions hispaniques à leur histoire»²⁷⁶, donde señala la necesidad de disponer de correspondencias correctas de las firmas antiguas y modernas, pues ha comprobado que las *correspondencias* con que cuenta la Biblioteca Nacional «sont loin d'être parfaites».

²⁷³ «Un manoscritto sconosciuto di Leonardo da Vinci», *Raccolta Vinciana*, fasc. II (julio de 1905-julio de 1906), pp. 12-13. No se trataba del célebre bibliógrafo Tammaro de Marinis, aunque la confusión se ha repetido incluso en el *Report* definitivo.

²⁷⁴ Sorprende este dato ofrecido sin mayor concreción en el *Report*, puesto que en ese año estaba agregado a la Dirección General de Bellas Artes y solo a partir de 1944 ocupará la plaza de Jefe de Sección de Cartografía Histórica de la Biblioteca Nacional.

²⁷⁵ Frente a esa solitaria alusión a Ibáñez Cerdá conviene tener en cuenta las afirmaciones contenidas en una nota de la Junta Directiva de la Asociación Nacional de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, presumiblemente de 1969, que hasta el momento no he logrado confirmar si llegó a publicarse, en la que se dice:

«En 1934 el entonces conservador de la Sección de Manuscritos D. Martín de la Torre, ordenó restaurar dos hojas de estos mismos manuscritos que se encontraban sueltas, trabajo que realizó el actual jefe del taller de restauración de la Biblioteca Nacional, Sr. Asensi. Hace más de un lustro, el bibliófilo Sr. Romero de Lecea, proyectó publicar en su colección de “Joyas Bibliográficas” la reproducción de los mismos. Su extensión y, desgraciadamente, el poco atractivo que, a su juicio, tiene este tipo de publicaciones, aun en el público culto, junto con el elevado costo de su impresión, le hizo desistir de este proyecto».

Por supuesto Eduardo Ponce de León Freyre no alude a estos manuscritos en su *Guía del lector en la Biblioteca Nacional: Historia, organización, fondos*. 2.^a ed., corregida y aumentada. Madrid: Patronato de la Biblioteca Nacional, 1949, cuando en las pp. 89-90 relaciona los más interesantes «por diversos conceptos».

²⁷⁶ *Raccolta Vinciana*, XX (1964), pp. 299-323.

Los redactores del *Report*, con referencia a este artículo, concretan que su autor devolvió las segundas pruebas corregidas de su texto en octubre de 1964 y que el número de la revista *Raccolta Vinciana*, en que se incluyó, apareció en el siguiente mes de diciembre. Recibió Corbeau un paquete con las separatas de su trabajo el 10 de abril de 1965 y envió una a José López de Toro, por correo, con dedicatoria firmada el día 23, quien la recibió el día 25 y la regaló a la Sección de Manuscritos²⁷⁷. El *Report* reconstruye los acontecimientos de modo muy detallado, lo que permite salir al paso del leonardista francés, con su obsesiva pretensión de atribuirse el hallazgo de los manuscritos vincianos. Sospecho que la razón de ser de tanta minuciosidad no es otra que la publicación, sin tacto alguno, de varias reproducciones de las cartas privadas cruzadas entre Corbeau, José López de Toro y P. O. Kristeller, que no debían ser de dominio público. Corbeau había contado con la copia del primer informe de la comisión, de 11 de noviembre de 1967, razón por la que, como he recordado antes, los comisionados decidieron mantener en secreto el *Report* definitivo.

La breve *Notice* publicada en *Renaissance Quarterly*, ya recordada, en la que la Comisión ofrecía sus conclusiones, es coincidente con la «versión oficial» del hallazgo por parte de la Biblioteca Nacional, redactada por Luis Vázquez de Parga Iglesias, por encargo del director general de Archivos y Bibliotecas, Luis Sánchez Belda. Este texto se incorporó, bajo la autoría de Ladislao Reti, en la introducción a la primera edición facsimilar de 1974, con la que se cierra realmente esta (in)olvidable historia. Dicha «versión oficial» decía:

Aunque posteriormente [es decir después del intento de localización promovido por E. de Marinis] varios eruditos hubieron de intentar de nuevo dar con los manuscritos de Leonardo, éstos permanecieron ocultos hasta el invierno del año 1964 a 1965, más probablemente este último [el Mss. 8937], cuando ambos manuscritos fueron encontrados en el lugar que les correspondía por sus firmas verdaderas, por el Jefe de la Sección de Manuscritos, Don Ramón Paz y Remolar, a instigación del entonces Subdirector de la Biblioteca, D. José López de Toro, el cual a su vez cedía a las repetidas instancias del erudito recientemente fallecido,

²⁷⁷ BNE. Mss. Fol. 743.

André Corbeau²⁷⁸, que por ello pretendía ser el verdadero descubridor de los manuscritos, sin haberse encontrado en Madrid en el momento de su descubrimiento.

Poco tiempo después uno de los manuscritos, concretamente el 8936, figuró en la tradicional Exposición con que la Biblioteca Nacional conmemora el Día de Cervantes (23 de Abril), dedicada aquel año al libro científico.

En relación con este último apunte, hay que tener en cuenta que la Biblioteca Nacional publicó únicamente un folleto de 6 hojas, con el título *Exposición conmemorativa de la Fiesta del Libro 1965: 23 abril - 8 mayo 1965*²⁷⁹. En esa paupérrima guía para el visitante se refleja el «Orden de la Exposición», con tres conjuntos: «I. Cervantes», «II. Fondos científicos antiguos de la Biblioteca Nacional: Selección de obras manuscritas e impresas de los siglos XIV, XV, XVI y XVII que se conservan en la Biblioteca» y «III. Ingresos y donativos más importantes en el año 1964». A continuación, la mayor parte del folleto corresponde a las «Noticias de la Biblioteca Nacional»: datos estadísticos y otras informaciones propias de una memoria anual de actividades. Algunos otros datos se ofrecen en la noticia sobre esta exposición dentro del *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*²⁸⁰, que, como más adelante veremos, tiene particular interés: se dice que la exposición «en homenaje al Ministro de Educación Nacional, Excmo. Sr. Lora Tamayo, versó sobre "Fondos científicos antiguos de la Biblioteca Nacional". Manuscritos e impresos de los siglos XIV, XV, XVI y XVII, daban testimonio de la calidad excepcional de dichos fondos, cuidadosamente seleccionados y coordinados por el profesor D. Francisco Esteve Barba, Jefe de la Sección de Mapas y Cartografía de la Biblioteca». Se añade al fin que «por enfermedad, no pudo asistir a la inauguración el Ministro de Educación, haciéndolo el Director General de Archivos y Bibliotecas, Ilmo. Sr. D. Eleuterio González Zapatero y los Excmos. Embajadores de Bélgica, Francia, e Irán, así como otras numerosas personalidades».

²⁷⁸ I: *Les manuscrits de Léonard de Vinci: Examen critique et historique de leurs éléments externes*. II: *Les manuscrits de Léonard de Vinci de la Bibliothèque nationale de Madrid: description critique et histoire*. [Caen: Centre Régional de Documentation Pédagogique, 1968]. André Corbeau había fallecido en 1971.

²⁷⁹ BNE. VC 8636-16.

²⁸⁰ 82 (1965), pp. 22-23.

López de Toro escribió una carta a André Corbeau, el día 29 de abril de 1965, en la que le decía: «Ya, por fin, se ha encontrado la signatura exacta del manuscrito que Vd. buscaba tanto: Mss. 8936, que todos daban equivocada. Ha sido Dn. Ramón Paz, el jefe de la Sección de Mss., quien dio con ella». El leonardista contestó el 4 de mayo anunciando un próximo viaje a Madrid para el mes de septiembre, que no pudo realizar por enfermedad. Los comisionados señalan que ni Paz Remolar ni Corbeau dieron realmente publicidad alguna al hallazgo pero planificaron anunciarlo a su conveniencia, individualmente, en alguna revista científica. El leonardista permanecerá en Madrid entre el 21 de marzo y el 2 de abril de 1966 y es casi seguro que pudo ver por primera vez los manuscritos vincianos.

Aunque tanto Paz Remolar como López de Toro reconocieron que la insistencia de Corbeau había sido determinante para el hallazgo, el primer informe de la comisión, de 11 de noviembre de 1967, no fue en absoluto del agrado de este. Cuando finalmente la comisión Kristeller-Beardsley-Pedretti decidió mantener en secreto dicho informe, él proclamó que recuperaba su libertad de expresión y, en su aludida ponencia de 1969, daba su versión de los hechos; en ese momento aludió al envío de su separata de *Raccolta Vinciana*. Según él, el 23 de abril de 1965, al inaugurarse la exposición, el manuscrito vinciano no formaba parte de la selección; por tanto, el hallazgo de Paz Remolar, que tuvo lugar el 26 de abril, se produjo a resultas de la lectura de la separata remitida a López de Toro. Solo entonces se reaccionó: uno de los manuscritos de Leonardo fue ubicado en una de las vitrinas de la exposición. El folleto publicado con motivo de la exposición no ofrece más detalles.

Para hacer frente a la pretensión de Corbeau, que se autoproclamaba *descubridor*, el 22 de marzo de 1967 Paz Remolar mandó sacar copia notarial de un «Índice de manuscritos seleccionados para la Exposición del Libro Científico y Fiesta del Libro, Mayo 1965»; allí, con el número 22, aparece una ficha autógrafa que dice: «Vinci, Leonardo da. Tratados varios de Fortificación, Estática y Geometría, escritos en italiano por los años de 1491. Escritura al revés. 8936 (Aa119)». Según Paz, fue él mismo quien localizó los manuscritos entre octubre y diciembre de 1964, dato este que puede tenerse por cierto.

Desandando dos años prietos o Segundo acto

El supuesto *descubrimiento* de Jules Piccus, que él mismo se atribuyó y muchos continúan atribuyéndole, fue desmentido radicalmente por la comisión Kristeller-Beardsley-Pedretti.

Jules Piccus, Associate Professor of Languages en la Universidad de Rhode Island, permaneció en Madrid durante todo el año académico 1964-1965, como «Fulbright scholar», trabajando especialmente en la Biblioteca Nacional para preparar un censo de manuscritos poéticos castellanos medievales. Allí se encontraba cuando se celebró la *Exposición conmemorativa de la Fiesta del Libro 1965: 23 abril - 8 mayo 1965*. En el *Report* se señala que, aunque él declaró que no había visitado la exposición ni había tenido noticia de su celebración, otros declarantes aseguran que sí la visitó y que fue allí donde hizo su *descubrimiento*, dato este que consta en la prensa.

Otra versión del *descubrimiento* es que el asiduo investigador gozaba de la simpatía del personal de la Biblioteca Nacional, muy particularmente de López de Toro; de este modo, pudo consultar en reiteradas ocasiones el catálogo topográfico de la colección de manuscritos, denominado entonces «Inventario Topográfico Nuevo», para poder así avanzar en su investigación a un ritmo adecuado. En ese «Inventario» había saltos de signaturas que forzaban la consulta directa de los volúmenes. Para salvar esta limitación, acompañado por el propio López de Toro, examinó los volúmenes correspondientes a esas signaturas en el propio depósito y, fortuitamente, se topó con los manuscritos perdidos. Dice él que los reconoció como *vincianos* porque, unos años antes, había visto otros manuscritos de Leonardo en el British Museum. En el *Report* se indica que, en esta última institución, solo hay un manuscrito vinciano y que, en cualquier caso, en el Mss. 8937 aparece escrito el nombre de Leonardo da Vinci. De acuerdo con su testimonio, él se dirigió de inmediato a López de Toro para informarle de su hallazgo; sin embargo, el bibliotecario le respondió que ya sabía de su existencia. Ciertamente, Piccus no estaba al tanto de lo sucedido con Corbeau poco tiempo atrás, como tampoco de las circunstancias que rodearon el verdadero *descubrimiento* de los manuscritos. El *Report* concreta que Piccus los vio en julio o agosto de 1965, o tal vez un poco antes; sin embargo, queda claro también que su encuentro con tan preciados libros tuvo lugar tras su exhibición pública.

Una versión muy difundida es la que parte de la noticia que Walter Sullivan publicó en *The New York Times* el 14 de febrero de 1967; en ella, se asegura que Piccus «descubrió» los manuscritos vincianos cuando preguntó por algunas signaturas que faltaban en una secuencia de manuscritos que contenían textos poéticos castellanos, materia tras la que él andaba. En el *Report* se señala la evidente falsedad de esta versión de los hechos, puesto que no hay manuscritos con textos poéticos medievales castellanos en la secuencia de signaturas que va del Mss. 8900 al Mss. 9000; además, se deja

constancia de que el propio Piccus, ante Kristeller y Paz Remolar, admitió que había inventado esta historia para proteger a López de Toro ante las críticas de otros bibliotecarios por haberle permitido acceder al depósito.

Respecto a lo que Piccus hizo luego y los acontecimientos previos al anuncio de la publicación concertada, el *Report* ofrece una versión no poco compleja. En el caso de Piccus, presupone un desconocimiento absoluto del problema de las firmas y de la descolocación temporal de los manuscritos vincianos, por los que se interesó el 17 de agosto de 1965, indicando las firmas erróneas Mss. 9015 y Mss. 9016. Es decir, ya había decidido, sin duda alguna, publicar dichos manuscritos. En cualquier caso está plenamente documentado que el día 19 de agosto de 1965 entregó a López de Toro una solicitud de reproducción en microfilm de veintiún manuscritos; en ella, solo se indican las firmas topográficas, incluidas las de los Mss. 8936 y 8937. Tomás Magallón, fotógrafo de la Biblioteca Nacional, pidió el 27 de septiembre siguiente varios manuscritos, incluido el Mss. 8936, presumiblemente para atender esta petición de reproducciones, autorizada personalmente por López de Toro.

Esta actuación del bibliotecario sería luego censurada por el director de la Biblioteca Nacional y otros bibliotecarios, por no respetar los trámites habituales. Ello explica las reticencias de Piccus a concretar los detalles relativos a estos microfilmes, que negó reiteradamente que los tuviera y en una ocasión llegó a decir que los había destruido; de este modo, procuraba librar a López de Toro de cualquier crítica o reprimenda. Lo cierto es que, al regresar a Estados Unidos, con fecha 6 de octubre, Piccus solicitó a la Universidad de Rhode Island, a la que entonces pertenecía, el reembolso del coste de los microfilmes de 12 manuscritos completos, entre ellos los vincianos.

Ahí quedó todo por un tiempo. En el *Report* se detallan muchos pormenores, que no merece la pena recordar, bastando con señalar que Piccus se trasladó desde la Universidad de Rhode Island a la Universidad de Massachusetts, en Amherst.

El relato del *Report* incorpora ahora un nuevo personaje. Se trata del leonardista Ladislao Reti, de quien consta que, en 1964, estuvo trabajando asiduamente en la Biblioteca Nacional. Dado que Paz Remolar y Corbeau habían concertado un pacto de silencio y habían decidido dar noticia del hallazgo de los manuscritos vincianos cuando la ocasión les pareciera propicia, Reti no podía saber nada al respecto. En caso de que hubiese leído el trabajo de 1964 y se hubiese interesado por el paradero de los manuscritos, López de Toro solo hubo de indicarle que también él estaba interesado en localizarlos.

Justamente en 1966, del 2 al 8 de mayo, se celebró un congreso internacional sobre Leonardo da Vinci en la Universidad de California, Los Ángeles. Ladislao Reti, en su ponencia, «Leonardo da Vinci the Technologist: The Problem of the Prime Movers», ante un muy nutrido grupo de eminentes estudiosos, como Sir Kenneth Clark, Kenneth Keele, Augusto Marinori, Bern Dibner, Ludwig H. Heydenreich, Carlo Pedretti, E. H. Gombrich o James Ackerman, insistió en la necesidad de continuar buscando manuscritos vincianos y se refirió al artículo de André Corbeau de 1964. Trabajó buenas relaciones con algunos de los leonardistas mencionados y muy en particular con el urólogo y bibliófilo Elmer Belt, que había donado a la Universidad de California, en 1961, su colección de libros y documentos relacionados con el Renacimiento italiano y en particular sobre Leonardo da Vinci («The Elmer Belt Library of Vinciana»). Unos meses más tarde, el 1 de diciembre, sintomáticamente, escribió en São Paulo una extensa carta, dirigida a López de Toro, urgiéndole a localizar los manuscritos vincianos.

Pocos días más tarde, será Piccus el que reciba una carta de López de Toro en la que le comunica que un estudioso francés está a punto de localizar los manuscritos, por lo que le insta a acercarse a Madrid cuanto antes para proteger su *descubrimiento*. Estos son detalles en los que el *Report* se muestra inseguro, aunque de ser ciertos, supondrían que López de Toro se implicó y tomó partido. La alusión, en caso de ser cierta, apenas si velaría el nombre de André Corbeau, que, como sabemos, había estado en Madrid entre el 21 de marzo y el 2 de abril de 1966. En cualquier caso la última carta de Reti pudo motivar la supuesta carta de López de Toro a Piccus y las actuaciones inmediatas de este en su nueva universidad.

En este momento, el *Report*, aunque de manera telegráfica, refleja una aceleración en los hechos. Piccus, al recibir la supuesta carta de López de Toro, en diciembre de 1966, se entrevistó con el prolífico publicista Edward C. Moore, a la sazón decano de la Graduate School de la Universidad de Massachusetts y le puso al tanto de su *descubrimiento*; para ello, le mostró los microfilmes con que contaba. El decano, impresionado, contactó inmediatamente con el rector, Oswald Tippo, y Piccus les pidió autorización para viajar a Madrid durante un par de semanas; el rector y el decano le ofrecieron un permiso más amplio, pendiente solo de la autorización del Director de su Departamento, Robert Taylor; Piccus fue a ver a Taylor y le contó confidencialmente «su historia», asegurándole que tenía previsto ofrecer una descripción de los manuscritos en alguna revista científica, dando noticia así de su *descubrimiento*. De acuerdo con el *Report*, Piccus había dicho que López de

Toro estaba dispuesto a sacar los manuscritos de la Biblioteca Nacional y llevárselos a su casa para que no los localizara el estudioso francés (recuérdese lo dicho más arriba). Con tantos puntos a su favor, obtuvo de Taylor la autorización para disfrutar del generoso permiso sugerido por Tippo y Moore.

También convenció al decano y a otros colegas del enorme interés de realizar una edición completa de los manuscritos, que podría editar la University of Massachusetts Press; de hecho, el 4 de enero de 1967, firmó un contrato, en el que figura el título previsto, «Two Unpublished Manuscripts of Leonardo da Vinci», y el compromiso de entregar el original el 1 de enero de 1968. Prescindo de los detalles sobre los magros beneficios económicos fijados a favor de Piccus. No lograron los comisionados conocer con certeza, debido a las muchas contradicciones entre las personas entrevistadas y dado que no consta el detalle en el contrato, si se había previsto editar un facsímile o una transcripción, aunque lo más probable es que se tratase de lo último. En cualquier caso, Piccus firmó el contrato antes incluso de haber pedido permiso a la Biblioteca Nacional.

Piccus no estaba realmente capacitado para acometer una edición crítica de los textos de Leonardo, como se señala con toda claridad en el *Report*. No olvidemos que el auténtico redactor del informe fue P. O. Kristeller y ciertamente Piccus se había metido en terreno ajeno y acotado.

En los primeros días de enero de 1967, Piccus llegaba a Madrid. Consciente de su propia incapacidad, siguió el consejo de López de Toro de que se pusiese en contacto con Ladislao Reti. Ambos, Piccus y López de Toro, escribieron, por separado, al leonardista, preguntándole si estaría dispuesto a participar en el proyecto de edición de los manuscritos vincianos recién descubiertos. La carta de Piccus llegó a Brasil, donde Reti residía, el día 17 de enero; la de López de Toro, cuatro días después. Es de interés el detalle de las fechas, pues Reti, al no conocer a Piccus, envió ese mismo día 17 de enero un telegrama a López de Toro, comentándole que había recibido la invitación y que quería saber si él estaba de acuerdo con ese proyecto. Al llegar inmediatamente después la carta del bibliotecario, decidió viajar a Madrid. Presentados por López de Toro, Piccus y Reti se encontraron el día 2 de febrero y firmaron un acuerdo mutuo de participación en la proyectada edición. En este documento, el medievalista se declara «descubridor» de los manuscritos y deja constancia de su contrato con la University of Massachusetts Press; el leonardista, por su parte, declara que actúa como representante de The Elmer Belt Library, de la Universidad de California, Los Ángeles, a la que se había incorporado como investigador asociado.

Ambos lograron una autorización contractual de la Biblioteca Nacional para la publicación, firmada por el director de la institución, Miguel Bordonau Mas, y ratificada en la Junta de gobierno del 7 de febrero, a la que asistió López de Toro en su condición de subdirector. A título informativo, pues para validar el documento solo se precisaba la firma del director, se remitió copia del contrato a la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, con fecha 13 de febrero. El *Report* destaca tres detalles de interés: en primer lugar, a la reunión de la Junta de gobierno no asistió Paz Remolar por encontrarse enfermo; luego se indica que, cuando estalló el escándalo, Bordonau echó en cara a López de Toro que no le hubiese informado debidamente del asunto; en fin, para preparar el contrato, fechado el 7 de febrero de 1967, se utilizó como modelo uno anterior firmado con un editor norteamericano para reeditar una bibliografía²⁸¹.

Antes del 7 de febrero, Reti y López de Toro, con la participación de Piccus, prepararon una hoja informativa para la prensa, en español y con traducción al inglés. En el *Report* se concreta que no se atribuía el *descubrimiento* de los manuscritos directamente a Piccus y además se dejaba constancia del papel que cupo a los bibliotecarios de la Biblioteca Nacional en el hallazgo. Así pues, en la misma reunión de la Junta de gobierno del 7 de febrero, se discutió sobre cómo dar publicidad a lo acordado. Los comisionados declaran que no fueron capaces de concertar las diversas opiniones de la personas implicadas y que, además, hubo algún que otro malentendido. Señalan como falso el testimonio de Piccus, según el cual Bordonau se reservó para sí mismo la publicidad en el ámbito español, dejando libertad absoluta a los demás para dar la noticia en Estados Unidos, y aceptan como verdadera la versión de los hechos ofrecida por Bordonau y el mismo Reti: Bordonau precisó que él no debía dar publicidad al contrato hasta que no hubiese recibido la aprobación tanto de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas como de la Universidad de Massachusetts; Reti aseguraba que esa autorización aludida no se requería y que el director de la Biblioteca Nacional pensaba que era más prudente esperar hasta tener la seguridad de que se contaba con el dinero para la edición, pero la verdad es que el contrato debía validarse legalmente. Reti recordaba con total certeza que el acuerdo fue dar la noticia

²⁸¹ Se alude al contrato firmado con Kraus Reprint, de Nueva York, para la reedición de la *Bibliografía de la lengua valenciana* de José Ribelles Comín (Mendeln, Liechtenstein, Kraus Repinrt, 1969). Establecer una equivalencia entre ambos tipos de obras a editar resulta sorprendente.

en España y Estados Unidos al mismo tiempo. Sorprende por ello que una decena de fotocopias de la hoja informativa preparada por Reti, López de Toro y Piccus se enviase a diversos leonardistas de varios países.

López de Toro entregó a Reti y a Piccus unos nuevos microfilmes de los dos manuscritos vicianos. Regresaron ambos a Estados Unidos y comenzaron entonces las negociaciones normales entre la Universidad de Massachussets y la Universidad de California, Los Ángeles, para proyectar la edición. No son del caso los detalles, fuera del siguiente: sin consultar a Reti, Piccus y el decano Moore prepararon una hoja informativa, fechada el 11 de febrero de 1967, *algo diferente* de la pactada en Madrid, pues eliminaba la intervención de los bibliotecarios de la Biblioteca Nacional y presentaba a Piccus como único descubridor. Por otra parte, la oficina de prensa de la Universidad de Massachusetts organizó una conferencia de prensa para el 13 de febrero, en la que participarían Moore y Piccus, en The Statler Hilton Hotel de Boston. Tras ser invitado, Reti aceptó participar en este acto, aunque tenía sus dudas sobre los cambios incorporados a la hoja informativa y sobre la oportunidad de la fecha elegida. En Nueva York, Reti contactó con varios amigos, cuyo pormenor no interesa ahora, pero sí el detalle de que uno de ellos, el ingeniero y célebre historiador de la ciencia y bibliófilo Bern Dibner hizo múltiples reproducciones a partir de los microfilmes con que contaba Reti, unas reproducciones que se utilizarían sin control posteriormente y que acabarían colándose en el reportaje del *The New York Times* con que arrancaba esta prolija historia.

Al concluir la conferencia de prensa, Reti, recordando lo acordado en Madrid respecto a que se daría publicidad al descubrimiento de los manuscritos y a la edición proyectada, simultáneamente en España y en Estados Unidos, envió un telegrama, firmado conjuntamente con Piccus, a López de Toro, para que hiciese pública la noticia y aludiese expresamente a la Universidad de California. Respecto a este punto, los comisionados no lograron saber lo que ocurrió en realidad. Según una versión, López de Toro recibió el telegrama demasiado tarde, cuando los periódicos ya habían dado noticia de lo acontecido; según otra, el texto del telegrama pudo no ser tan claro como se pretendía, por lo que tal vez López de Toro no entendió que debía dar a conocer el contenido de la hoja informativa preparada en Madrid por Reti, Piccus y él mismo. En cualquier caso, Bordonau se opuso a dar cualquier publicidad al acontecimiento, puesto que la conferencia de prensa había constituido una manifiesta violación de lo acordado entre él, Reti y Piccus, algo que Reti reconoció, aunque no así Piccus. Moore dijo a los comisionados

que consideraba injusto ocultar por más tiempo la noticia, pero lo cierto es que él la había silenciado durante dos meses y podría haber esperado algo más para recibir la conformidad del director de la Biblioteca Nacional.

Los largos días siguientes o Tercer acto (prescindible)

Mi relato debería acabar aquí. Continuaré, no obstante, un poco tiempo más atento al *Report* para concretar lo que ocurrió, primeramente en Estados Unidos, una vez desencadenado el *escándalo nacional* a este otro lado del Atlántico. Los comisionados recogen un dato sorprendente tomado literalmente (y que traduzco) del diario personal del decano Moore, anotado con fecha 15 de febrero (añaden detrás de la cita un *sic*, pues precisan que no harán comentario alguno sobre este texto):

Los Drs. Piccus y Reti me han urgido con insistencia a *hacer algo* por el P. De Toro. El Dr. Reti me insistió en que se le incorporase al proyecto con un sueldo mensual de 500 dolares [...]. He autorizado al Dr. Piccus a contratar un asesor, el P. De Toro, con un sueldo de 500 dólares mensuales cuyo primer pago, en fecha 1 de marzo, cubriría los servicios del mes anterior. El P. De Toro no solamente ayudó a los Drs. Piccus y Reti a obtener el permiso de la Biblioteca para publicar este material, sino que continuó siendo de gran utilidad de otros muchos modos, especialmente en la protección de los manuscritos frente a los intentos de otros estudiosos que deseaban estudiarlos.

Yo tampoco debo añadir comentario alguno, pues prefiero que quien lea mi relato extraiga su propia conclusión sobre este apunte por parte de alguien tan implicado en los «negocios» de Piccus. Pocos días después, el 21 de febrero, Moore y Dibner, al que conocemos como amigo de Reti, fueron entrevistados en el programa *Today* de la WNBC. Mientras se multiplicaban las noticias periodísticas, especialmente en Italia, pero igualmente en Inglaterra, en Alemania y en Francia, Reti y Piccus volvieron a Madrid.

Nada mejor para comprobar el espíritu que animaba tales artículos que extraer algunos párrafos del que, sin firma alguna y con el título «Los dos manuscritos de Leonardo», aparecía en la edición vespertina de *ABC* del 16 de febrero²⁸²: se recuerda el artículo de José María Massip del día anterior y se alude a la

²⁸² P. 32.

información de vuelo sensacionalista lanzada [...] por dos profesores norteamericanos de lenguas románicas, los cuales, estando en la Biblioteca Nacional de Madrid, a la busca de romances medievales, tropezaron con dos voluminosos manuscritos de Leonardo da Vinci, sacaron copia de ellos al microfilm y consiguieron permiso para publicarlos en Estados Unidos. La Biblioteca Nacional ofreció hidalgamente a las Universidades americanas una opción de cuatro años para los derechos de publicación de unos documentos que han sido calificados allí por famosas autoridades científicas «como uno de los más importantes hallazgos de manuscritos en este siglo xx». Nada más y nada menos. El hecho se nos aparece tan descarado y rotundo, y tan ausente de perfiles, tan brusco e inopinado, que así, de pronto, era difícil dar pleno crédito a su presencia.

Sigamos leyendo al desinformado e irresponsable periodista:

No sabíamos siquiera que existiesen esos manuscritos de Leonardo en la Biblioteca Nacional, y sospechamos que sus autoridades, arriba, abajo y en medio, compartían con nosotros tamaña insipiencia. Hay allí, a centones, desparramados por sus salas oscuras, catalogados y sin catalogar, legajos inmensos de manuscritos y diseños. El erudito, el investigador, el científico, cualesquiera que sean las ramas propias de su especialización, pueden caminar a su antojo por una larga e inextricable selva virgen de tesoros inéditos, tal vez españoles, tal vez extranjeros.

Todavía un poco más adelante:

Se nos dice que hubo en el siglo xviii una confusión numérica o un trueque de fichas, y que se perdió entonces el orden de los legajos. Lo que nos parece seguro es que los manuscritos de Leonardo de Vinci ni estaban fichados, aunque numerados, ni catalogados [...]. Damos por sentado que un error del siglo xviii embarulló el arte y la ciencia de Leonardo con el primor de la poesía amorosa de los juglares. Admitimos también que la gigantesca tarea de catalogar el oleaje oceánico de manuscritos de la Biblioteca Nacional exige la colaboración docta de una verdadera legión de bibliotecarios, y que, en tanto no se pueda hacer la leva, hay que fiar la empresa a un futuro lejano. Desearíamos, sin embargo, que este incidente de Leonardo de Vinci sirviese de toque de atención para estimular en ese sentido al Ministerio de Educación y Ciencia.

Llegamos finalmente a «la gran incógnita: ¿Cómo podemos explicarnos que la Biblioteca Nacional haya autorizado a unos profesores extranjeros la publicación de setecientas páginas de los dos manuscritos de Leonardo que yacían "silenciosos y cubiertos de polvo" en el rincón de los romances medievales?». *Sic* [válido para todas las palabras anteriores, una a una]. En la Biblioteca Nacional, en un primerísimo momento, y más en concreto en la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, del Ministerio de Educación y Ciencia, que asumió de inmediato todas las gestiones, el asunto de la edición se convirtió, al menos oficialmente, en el más grave y preocupante. No se salió al paso a esas afirmaciones gratuitas, ni por supuesto se asumieron las alusiones al deficiente control bibliográfico de la colección de manuscritos y a sus posibles causas. El primer acontecimiento en este nuevo acto del drama fue que Reti, ante el requerimiento de Bordonau y López de Toro, se retiró voluntariamente del proyecto de edición y devolvió su copia del contrato, pero Piccus y Moore se resistieron. Defendían la validez del documento e, incluso, realizaron gestiones para conseguir, desde Estados Unidos, que se implicara a su embajada en Madrid en la defensa de lo que consideraban derechos adquiridos. Al parecer sus gestiones no lograron ningún efecto.

López de Toro, aunque afectado por todo lo acontecido, viajó a Inglaterra el 22 de febrero de 1967 para pronunciar una serie de conferencias previamente comprometidas; sin embargo, hubo de regresar urgentemente el día 28, requerido por un triple telegrama del director general de Archivos y Bibliotecas, Eleuterio González Zapatero. Tuvo que ser inmediatamente hospitalizado al llegar a Madrid. Al día siguiente se entrevistó con el director general, que le exigió que justificase sus acciones en relación con los microfilmes entregados a Piccus y Reti. La realidad del *descubrimiento* había desaparecido del horizonte de interés político. El bibliotecario justificó su actuación, al tiempo que presentaba su dimisión, que no le fue aceptada. López de Toro regresó al hospital y el 7 de marzo trató de llevar a efecto su propósito de ingresar como monje en la Cartuja de Montalegre, en Tiana (Barcelona), pero pronto se frustraría tal propósito por motivos de salud. El 31 de marzo se jubiló voluntariamente²⁸³.

²⁸³ Poco tiempo después de su fallecimiento, el 28 de febrero de 1972, Luis García Ejarque publicaría una nota necrológica, enriquecida con su impresionante bibliografía, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVI (1973), 2, pp. 537-547. Como era de esperar no existe en la misma ni la más mínima alusión al descubrimiento de los manuscritos *vincianos*.

Miguel Bordonau Mas cesó como director de la Biblioteca Nacional el 4 de abril y pasó a dirigir el Archivo Histórico de Protocolos. La causa invocada para su cese fue haberse excedido en sus funciones al firmar un contrato de edición con Piccus y Reti sin autorización previa de la Dirección General; en realidad, no obstante, parece que el cese estaba previsto con anterioridad a estos acontecimientos. Todo indica que Bordonau no fue prudente en sus declaraciones de los primeros momentos; además, una de las decisiones que tomó, prohibir la entrada de Piccus a la Biblioteca Nacional, provocó duros comentarios periodísticos. Como muestra, basta recordar el publicado por Guido Gerosa en la revista semanal *Época* del 12 de marzo de 1967, basado en información aportada por Juan Kinderlan, al que se autorizó la consulta de los manuscritos el día 21 de febrero: «Il tesoro perduto e ritrovato di Leonardo»²⁸⁴.

En el número de la revista *Life Atlantic*, del 20 de marzo de 1967²⁸⁵, se incluyeron muchas imágenes de los manuscritos vinciianos, anunciándose llamativamente en la cubierta: «"Lost" Notebooks of Leonardo da Vinci: In color the cache of drawings in which the master set down his ideas and visions». Ocho grandes páginas cuajadas de imágenes, «courtesy of National Library of Madrid», bajo el título «Leonardo's "Lost" Notebooks» y con un texto anónimo al que no es ajeno Carlo Pedretti, relata el *descubrimiento* de Jules Piccus, y destaca la importancia de las piezas en dos amplios apartados: «New revelations and exquisite drawings» y «The secrets of casting a colossal horse». Al año siguiente se publica un artículo de Joseph Gantner, con cinco ilustraciones de los manuscritos, bajo el título «Unerschöpfliche Kunst: Die neu entdeckten Manuskripte und Zeichnungen von Leonardo da Vinci in Madrid», en *Sonntagsbeilage*²⁸⁶. Así las cosas, queda claro que en los primeros momentos hubo un absoluto descontrol, lo que permitió obtener reproducciones que se utilizaron sin autorización de la Biblioteca Nacional. Moore, Piccus o Dibner supieron rentabilizar la cesión de unos falsos derechos de reproducción.

²⁸⁴ Pp. 77-83. Con reproducciones de varios folios de los manuscritos y sin que falte una foto de Piccus, «un'uomo dall'aspetto romantico, con occhi penetranti e una barba de artista». Al recoger una declaración del director de la Biblioteca Nacional se añade: «Le parole di Bordonau hanno infiammato la Spagna. L'orgoglio nazionale, ferito dalla pretesa scoperta, alimenta la polemica sul giallo artistico-letterario. A Jules Piccus, il professore americano scopritore dei codici, e al suo collega Ladislao Reti è stato percluso l'ingresso alla Biblioteca» (la alusión a Reti sabemos que no es cierta).

²⁸⁵ 42 (1967, 20 march), 5, pp. 50-57.

²⁸⁶ *National-Zeitung Basel*, 21 (Sonntag, 14. Januar 1968).

Las gestiones entre González Zapatero²⁸⁷, Moore y Belt, en los meses siguientes, fueron complejas. Piccus había desaparecido totalmente del escenario; por otra parte, arrieron los ataques en los artículos de los periódicos, en los que la Biblioteca Nacional y sus bibliotecarios se llevaron la peor parte. Algunos de esos textos despertaron el resentimiento entre los bibliotecarios españoles y los investigadores norteamericanos, lo que forzó la intervención de funcionarios culturales de la Embajada de los Estados Unidos, en Madrid, como mediadores. Afortunadamente, no todo lo determinaba la nacionalidad; de hecho, fueron muchos los investigadores norteamericanos que manifestaron públicamente su solidaridad con Bordonau y López de Toro. No sorprenderá, en estas circunstancias, la aparición de una noticia en el diario *Madrid* del 12 de abril de 1967, anunciando la constitución, en Madrid, de la «Asociación de Amigos de Leonardo de Vinci», presidida por Florentino Zamora, Jefe de la Sección de Raros de la Biblioteca Nacional, y teniendo con fin principal editar los manuscritos vincianos²⁸⁸.

Hubo algún otro intento de conseguir de las autoridades españolas un contrato de edición. Lo cierto, sin embargo, es que el 2 de mayo de 1967 Eleuterio González Zapatero, en nombre del Ministerio de Educación y Ciencia de España, y el decano Edward C. Moore, en nombre de la Universidad de Massachusetts, en Amherst, acordaron una *novación* del contrato antes aludido, que entró realmente en vigor el día 19 de mayo²⁸⁹. Curiosamente, debido a este acontecimiento, ese día González Zapatero no pudo recibir a André Corbeau, como tenía previsto, y quedaron citados para el día siguiente.

²⁸⁷ Aunque Guillermo Guastavino Gallent fue nombrado director, «con carácter provisional», de la Biblioteca Nacional al día siguiente del cese de Bordonau, no tomaría posesión hasta el día 17 de julio, por lo que el espinoso asunto del contrato quedó en manos, exclusivamente, del director general de Archivos y Bibliotecas. De todas formas Guastavino aceptó el cargo con una premisa, la de no tener que intervenir en este *affaire*.

²⁸⁸ P. 14. Aparte del P. Zamora se indica que «forman el Comité organizador las siguientes personalidades: don fray Justo Pérez de Urbel, don Jesús Larios, don Alfonso Gabriel, don Alfredo Barredo de Valenzuela y don José Antonio Dávila».

²⁸⁹ Véanse «Publicación de los *Tratados de estática y mecánica* y los *Tratados varios de fortificación, estática y geometría* de Leonardo de Vinci», *Boletín de la Anaba*, 52 (1966-1967), pp. 14-19; y «Se ha firmado el Convenio de publicación de los manuscritos de Leonardo da Vinci, existentes en nuestra Biblioteca Nacional», *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*, XV (1967, marzo-abril), XCIV, pp. 1-6. En los dos casos se incluye el texto íntegro del contrato.

El leonardista francés seguía reclamando que se le considerase el auténtico descubridor de los manuscritos. Había logrado la adhesión a su causa del rector de la Universidad de Caen (Francia), Yves Martin. Toda vez que este se encontraba en Canadá, el representante de dicha institución académica que acompañó a Corbeau en su viaje a Madrid fue el vicerrector Jacques Boutard. González Zapatero, en el encuentro acordado, les aseguró que incluiría el nombre de Corbeau en la lista de eruditos españoles del comité de redacción de la edición paleográfica y que se le reservarían 25 páginas en la introducción crítica e histórica sobre los manuscritos. El contrato de esta edición con la Universidad de Massachusetts quedó sin efecto en 1970, como veremos de inmediato. El fundador del Institut Léonard de Vinci, en Amboise, falleció poco después, en 1971, y su legado bibliográfico pasó íntegro a la Universidad de Caen («Bibliotheca Corvina de Vincianis»).

Destaco algunos párrafo del nuevo contrato:

I. Las autoridades españolas [...] contratarán con cualquier empresa editorial [...] la publicación de los manuscritos con fines de divulgación, constando esta edición a lo sumo de la reproducción en facsímil de los códices, su transcripción paleográfica y la versión del texto en español y en inglés. Todo ello acompañado de una introducción y de las breves notas convenientes para la inteligencia de la obra.

II. Independientemente y para su publicación posterior, se preparará una edición crítica de los manuscritos [...].

III. Esta edición crítica correrá a cargo de la Universidad de Massachusetts en Amherst con la colaboración de la Biblioteca vinciana «Elmer Belt» de la Universidad de California en Los Ángeles, o de cualquiera otra entidad de su elección, y de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas de Madrid [...].

VI. La colaboración española a la edición crítica consistirá:

a) En la aportación de los manuscritos [...].

b) En la redacción, que llevará a cabo una personalidad española, de un prólogo o introducción que ocupará el primer lugar del texto.

c) En la colaboración personal de un asesor español [...].

IX. La Universidad de Massachusetts se obliga a publicar la edición crítica estipulada en el plazo máximo de cinco años.

X. Las autoridades españolas no realizarán ni autorizarán para que se realice ninguna otra edición de los manuscritos de Leonardo de Vinci de Madrid hasta pasados diez años desde la fecha de este convenio.

[...]

De acuerdo con el punto I, el día 22 de julio de 1967 se autoriza a Taurus Ediciones S. A., de Madrid, asociada con McGraw-Hill Book Company, de Nueva York, para realizar la edición «con fines de divulgación», bajo la dirección e inspección de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas. En relación con los puntos II y III uno de los leonardistas elegidos para preparar la edición crítica fue Ladislao Reti, que llegó a asegurarse la colaboración de otros eminentes estudiosos: Bruno Bearzi, Ana Maria Brizio, André Chastel, Bern Dibner, Ludwig H. Heydenreich, Augusto Marinori y Carlo Zammattio; otros, aunque invitados, no asumieron el compromiso, como es el caso de Sir Kenneth Clark o Carlo Pedretti; y a otros, al parecer, ni siquiera se les cursó invitación, como André Corbeau y Nando de Toni. Los problemas surgirían ahora entre la Universidad de Massachusetts, representada por Frank Taylor (Moore había dejado esta institución sin haber conseguido la financiación necesaria para el proyecto editorial) y la McGraw-Hill Book Company, que ya había obtenido una nueva reproducción de los manuscritos a muy alto precio. Los comisionados señalan el sigilo absoluto con que se llevaron a cabo las negociaciones.

En 1968 el nuevo director de la Biblioteca Nacional, Guastavino Gallent, propuso la creación de una comisión, integrada por él mismo, y por los dos facultativos adscritos a la Sección de Manuscritos, Luis Vázquez de Parga Iglesias y Federico Navarro Franco. No he logrado confirmar si realmente se aprobó la propuesta. Sorprende, sin duda, la marginación de Paz Remolar que continuó de hecho activo hasta noviembre de 1975.

En 1969, la Editorial Teide, de Barcelona, publicó un anejo a los dos volúmenes de su *Leonardo da Vinci*, obra publicada en 1966, tras la aparición en escena de los manuscritos vincianos. El anejo está generosamente ilustrado e incluye un texto de Marco Rosci (que había podido ver los manuscritos los días 20 y 21 de febrero de 1967), titulado «Los manuscritos de Madrid de Leonardo da Vinci», que es traducción del italiano. En relación con el anejo de la Editorial Teide, hubo una lógica queja de las editoriales Taurus y McGraw-Hill, ambas a la espera de que se resolviese la cancelación del contrato por parte de la Universidad de Massachusetts, al que inmediatamente aludiré. En su queja ambas recordaban al Ministerio el altísimo coste asumido por la exclusiva de edición²⁹⁰.

En ese mismo año 1969 se nombraba al asesor español exigido en el punto VI, c: el citado Navarro Franco; pero en 1970 se concreta la renuncia de la Universidad estadounidense a realizar la edición prevista en el punto II.

²⁹⁰ Cinco millones de pesetas, cuatro de ellos para la Biblioteca Nacional y uno a favor de la Universidad de Massachusetts para la preparación de la edición crítica.

No he logrado saber si hubo razones distintas de la excusa oficial, que indicaba que la edición crítica resultaba innecesaria a la vista de cómo se iba a ofrecer al público la prevista «con fines de divulgación». En septiembre de 1970, Taurus y McGraw-Hill solicitaron nuevamente (algo que venían haciendo repetidamente desde 1968) que con la autorización para realizar la edición en español y en inglés se les reconociese también los derechos internacionales sobre la misma o al menos se les permitiese ofrecer su trabajo, en régimen de coedición, a otras editoriales extranjeras. Una vez formalizada definitivamente la cancelación del contrato por parte de la Universidad de Massachusetts (representada por su presidente, el Dr. John V. Lederle) y ante el representante del Ministerio de Educación y Ciencia (Luis Sánchez Belda, en su condición de director general de Archivos y Bibliotecas) no hubo inconveniente en estimar positivamente la petición de Taurus y McGraw Hill, lo que se hizo con fecha 24 de octubre de 1970.

La edición se concluyó en 1974, de acuerdo con la siguiente noticia bibliográfica: Leonardo da Vinci: *Códices Madrid* [...] bajo los auspicios de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas. Madrid, Taurus Ediciones [en el copyright figura además McGraw-Hill Book Co.], 1974. 5 v.²⁹¹. Los dos primeros volúmenes contienen el facsímil; el III es el «Estudio introductorio» de Ladislao Reti, traducido por Asunción Medinaveitia; y los dos últimos, la transcripción y traducción de los manuscritos. Como consecuencia de la autorización antes recordada, en esa misma fecha apareció una edición de las mismas características, en alemán, con el pie editorial: Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag [su copyright para esta edición figura junto al de las otras dos editoriales antes citadas]; algo que ocurre igualmente en el caso de la edición en italiano con el pie editorial: Firenze, Giunta Barbèra²⁹²; además, apareció la edición en inglés prevista desde el primer momento y otra japonesa.

Luis Sánchez Belda fue quien llevó, con corrección política y habilidad innegables, las riendas de la edición. Para no dejar ningún cabo suelto, dio a Guillermo Guastavino unas directrices muy claras acerca del contenido del volumen que debía acompañar al facsímil: en el texto introductorio de Reti, se embutiría un texto de autoría ajena con la *versión oficial* de la historia de los manuscritos y, sobre todo, la del hallazgo. Desconozco si Reti aceptó de buen o mal grado esta imposición; de hecho no alcanzó a ver un ejemplar

²⁹¹ Existe una reedición: [Barcelona]: Planeta-Agostini, [1998].

²⁹² Véase Alberto Lorenzi y Pietro Marani: *Bibliografia vinciiana 1964-1979*. [Firenze]: Giunti Barbera, [1982], p. 51.

de la edición, pues falleció en Monza el 15 de abril de 1973. El autor de la *versión oficial*, citada anteriormente, fue Luis Vázquez de Parga Iglesias, que escribió un extenso texto titulado «Los manuscritos de Leonardo da Vinci en la Biblioteca Nacional». Abreviado, acaso por el propio Sánchez Belda o, por encargo de este, por el director de la Biblioteca Nacional, se incorporó a la introducción preparada por el leonardista en el apartado correspondiente a la «Historia de los Códices Madrid I y Madrid II», cuya conclusión definitiva sobre el *descubrimiento* ya he recogido, literalmente, en el primer apartado de este ya largo relato.

Los detalles de la entrega, por parte de McGraw-Hill, de un ejemplar de la edición en inglés, primera aparecida, en Washington, a la Embajada de España, el 5 de junio de 1974, pueden leerse en la edición matutina del *ABC* del día siguiente. El 30 de septiembre de 1974 se inauguró en el Museum of History and Technology de Washington una exposición, organizada por la Smithsonian Institution, en colaboración con la Biblioteca Nacional, en la que figuraban catorce folios sueltos, lo que indica que no se había procedido a reencuadernar los volúmenes. La exposición coincidió con la presentación de dicha edición en inglés. Con este motivo, aparte de otros actos políticos y suntuarios, pronunció una conferencia el leonardista Ludwig H. Heydenreich. Otro dato que he podido recoger es que la edición italiana se presentó ese mismo 30 de septiembre en el castillo de los Condes Guidi en Vinci, sede del Museo Leonardo da Vinci y de la Biblioteca Leonardiana. También con este motivo pronunció una conferencia otra conocida leonardista, Ana Maria Brizio.

Había transcurrido demasiado tiempo desde el *descubrimiento* para que la presentación de la edición en español, en 1974, mereciese la atención de la prensa; por ello, no he logrado dar con ninguna noticia alusiva a acto alguno en que se diese a conocer. Presumo que no hubo tal.

Palabra de telonero

Los comisionados declaran que no fue fácil investigar los acontecimientos relatados y que no lograron aclarar algunos detalles. Hay que tener en cuenta que, aparte de las personas citadas, la documentación complementaria incluye los nombres de investigadores y bibliotecarios con los que Kristeller entró en contacto para obtener datos necesarios para su investigación. Sabemos que aún cabe extraer información de interés de los archivos personales de algunos de los protagonistas de esa historia. De su consulta puede

derivar alguna noticia de importancia, aunque el resultado de esas nuevas pesquisas puede complicar aún más esta enrevesada historia. Mi particular opinión se resume en atender, antes de nada, al *Report* y considerarlo como una sentencia asumida y respetable. Estamos ante «un acontecimiento que, se enjuicie como se enjuicie, podría no haber superado los límites de un suceso doméstico de la Nacional, pero que agitado por ambiciones de investigador, por el sensacionalismo de cierta prensa y por el aire mítico que rodea siempre el nombre misterioso de Leonardo, maduró hasta convertirse en un "caos"», de acuerdo con la autorizada opinión de Manuel Carrión Gútiérrez²⁹³. Medio siglo más tarde nadie debería agitar las aguas de tan compleja y morbosa historia²⁹⁴.

Ningún nombre necesita ser rehabilitado. El 14 de febrero de 1967 no es una efeméride en la historia de la Biblioteca Nacional de España sino una fecha infausta, que todos deberíamos olvidar. En esencia, tan turbia historia tiene su vulgata: una versión de los hechos en la que Piccus sale de algún modo victorioso después de muerto. Recojo, porque me viene como anillo al dedo, la alusión de Ángel Gómez Moreno en su reciente y enormemente útil *Breve historia del medievalismo panhispánico (Primera tentativa)*²⁹⁵ a «Jules Piccus (1920-1997), sabueso que dio con cancioneros desconocidos, develó autorías inseguras y hasta fue el responsable del hallazgo de los dos manuscritos de Leonardo da Vinci en la Biblioteca Nacional de España». A Piccus le obsesionó la unión de su nombre al de Leonardo (amén de otros intereses muy humanos, sin olvidar los económicos)²⁹⁶ y queda claro que lo consiguió. Con todo, sabemos que el medievalista norteamericano no descubrió los *manuscritos vincianos* de la Biblioteca Nacional de España, aunque, secundado por otras personas, fue el causante del desgraciado *affaire* que conocemos por su nombre.

²⁹³ «Guillermo Guastavino Gallent», en *Homenaje a Guillermo Guastavino: Miscelánea de estudios en el año de su jubilación como Director de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos, 1974, p. 5.

²⁹⁴ No he sentido ni siquiera la tentación de incluir en mi relato algún insulto en verso, preñado de burdo y fácil anticlericalismo, que circularía por los despachos, las salas y los depósitos de la Biblioteca Nacional, y que he podido conocer.

²⁹⁵ Con un apéndice bibliográfico de Álvaro Bustos Táuler. Madrid: Ibeoroamericana. Vervuet, 2011. (*Medievalia Hispanica*; 15), p. 112.

²⁹⁶ He encontrado reiteradamente la alusión a su familia numerosa. Por ejemplo, en el artículo de Guido Gerosa, en *Época*, antes recordado: «"Lo accusano", ho replicato, "di avere atteso due anni prima di divulgare la sua scoperta. Che scopo aveva questa dilazione?" "Sono stato malato", mi ha rispoto Piccus [...], "e ho devuto provvedere a diversi traslochi con una famiglia numerosa di cinque figli"».

El *Report* destaca el hecho de que el auténtico descubridor de los manuscritos, silenciado en todas las noticias de la prensa alusivas al hallazgo, fue un bibliotecario, Ramón Paz y Remolar, que dio con ellos en un momento de su trabajo habitual en la Sección de Manuscritos, acuciado por la insistente curiosidad científica de un investigador. El bibliotecario español nunca sintió la urgencia de unir su nombre al del genio y, de ese modo, inmortalizarlo. Otros cayeron en esa trampa y se vieron envueltos en un escándalo que perjudicó a muchos y no benefició a nadie; en ese sentido, como he escrito en otra ocasión, la fama de Leonardo da Vinci resultó abrasiva²⁹⁷.

JULIÁN MARTÍN ABAD

Jefe del Servicio de Manuscritos e Incunables de la BNE

²⁹⁷ «Los Mss. 8936 y 8937 de la Biblioteca Nacional de España: notas para su registro bibliográfico», en *Los códices de Leonardo da Vinci de la Biblioteca Nacional de España: Estudios y comentarios*. Madrid: Egeria. Club Internacional de Libro, 2009, pp. 11-42. Agradezco a Ángel Gómez Moreno la lectura previa de este texto y el regalo de sus muchas sugerencias.

Bibliografía citada

- BRIZIO, Anna Maria: «Due grandi codici di Leonardo ritrovati nella biblioteca di Madrid», *Il Corriere della Sera*. Milano, 92 (14 febr. 1967), n.º 37, p. 3.
- «Correlazioni e risposdenze fra il ms. 8937 della Biblioteca Nacional di Madrid e il Ms. A dell'Institut de France», *L'Arte*, 3-4 (1968), pp. 106-111.
- CARRIÓN GÚTIEZ, Manuel: «Guillermo Guastavino Gallent», en *Homenaje a Guillermo Guastavino: Miscelánea de estudios en el año de su jubilación como Director de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos, 1974, pp. XI-XXIII.
- Constituciones redactadas por el cuarto bibliotecario mayor, Juan Manuel de Santander y Zorrilla, y otorgadas en 1761*. BNE. Mss. 18846, ff. 21r-41v.
- CORBEAU, André: «Les manuscrits de Léonard de Vinci: Contributions hispaniques à leur histoire», *Raccolta Vinciana*, XX (1964), pp. 299-323.
- *Les manuscrits de Léonard de Vinci: I. Examen critique et historique de leurs éléments externes. II: Les manuscrits de Léonard de Vinci de la Bibliothèque Nationale de Madrid: description critique et histoire*. [Caen: Centre Régional de Documentation Pédagogique, 1968]. 3 h., 205 p., XIX p. con lám., II la. pleg.
- «La découverte des manuscrits de Madrid», en *Atti del Simposio Internazionale di Storia della Scienza: Leonardo nella scienza e nella tecnica. Firenze-Vinci, 23-26 giugno 1969*. Curato da Carlo Maccagni. Firenze: Giunti Barbèra, 1975, pp. 1-12.
- Correspondencias de signatures de manuscritos de la Biblitoeca Nacional*, preparadas por Antonio Paz y Mélia. S. xx. BNE. Mss. 23242.
- DE TONI, Nando: «Contributo alla conoscenza dei manoscritti 8936 y 8937 della Biblioteca Nazionale di Madrid», *Physis: Rivista Internazionale di Storia della Scienza*. Firenze, IX (1967), 1, pp. 5-90.
- DURÁN, Agustín: *Índice de la Sala de Manuscritos*: [Correspondencias para localizar las signatures topográficas de los manuscritos incluidos en el *Índice* de Francisco Antonio González Oña] [c. 1860]. BNE. Mss. 23239.

- Exposición conmemorativa de la Fiesta del Libro 1965: 23 abril - 8 mayo 1965: programa y memoria.* Madrid: Ministerio de Educación Nacional. Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1965. 6 h., gráf.
- FERNÁNDEZ-POMAR, José María: *Catálogo de los manuscritos jurídicos griegos de la Biblioteca Nacional de Madrid.* [Santiago de Compostela]: Universidade de Santiago de Compostela. Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1997. 169 p. (Cuadernos compostelanos de Derecho Romano; 9).
- GALLARDO, Bartolomé José: *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos.* Coordinan y aumentan los apuntamientos del autor, M. R. Zarco del Valle y J. Sancho Rayón. Madrid: Imp. y Estenotipia de M. Rivadeneya, 1863-1889, 4 v.
- GARCÍA EJARQUE, Luis: «López de Toro (Nota necrológica)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVI (1973), 2, pp. 537-547.
- «Bartolomé José Gallardo y la Biblioteca Nacional», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 70 (1994), 3, pp. 317-366.
- *La real Biblioteca de S.M. y su personal (1712-1836).* Madrid: Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1997, 573 p., il.
- GARTNER, Joseph: «Unerschöpfliche Kunst: Die neu entdeckten Manuskripte und Zeichnungen von Leonardo da Vinci in Madrid», en *Sonntagsbeilage. National-Zeitung Basel*, 21 (Sonntag, 14. Januar 1968).
- GEROSA, Guido: «Il tesoro perduto e ritrovato di Leonardo», *Época*, 12 marzo 1967, pp. 77-83.
- GÓMEZ MORENO, Ángel: *Breve historia del medievalismo panhispánico (Primera tentativa).* Con un apéndice bibliográfico de Álvaro Bustos Táuler. Madrid: Ibeoroamericana Vervuet, 2011, 218 p. (Medievalia Hispanica; 15).
- GONZÁLEZ OÑA, Francisco Antonio: *Índice de manuscritos de la Biblioteca Real.* [c. 1820], 3 v. BNE. Mss. 23236-23238.
- Instrucción para formar el Índice de los Manuscritos de la Real Biblioteca.* [Madrid 12 de agosto de 1762]. S. XVIII. BNE. Mss. 18624².
- Leonardo da Vinci.* Barcelona: Teide, 1966, 2 v., il.
- Leonardo da Vinci: Códices Madrid...* bajo los auspicios de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas. Madrid, Taurus Ediciones [en el copyright figura además McGraw-Hill Book Co.], 1974. 5 v.
- Leonardo da Vinci: Los Manuscritos de Madrid.* Barcelona: Teide, [1969]. 16 p., il. [Anejo a la edición de 1966, incluyendo: Rosci, Marco: «Los Manuscritos de Madrid de Leonardo da Vinci»].
- LORENZI, Alberto y Pietro MARANI: *Bibliografía vinciana 1964-1979.* [Firenze:], Giunti Barbera, [1982], 93 p.
- «Lost Notebooks of Leonardo da Vinci». *Life. Atlantic*, 42 (1967, 20 march), 5, pp. 50-57.

- MARINIS, E. de: «Un manoscritto sconosciuto di Leonardo da Vinci», *Raccolta Vinciana*, fasc. II (julio de 1905-julio de 1906), pp. 12-13.
- MARTÍN ABAD, Julián: «Los Mss. 8936 y 8937 de la Biblioteca Nacional de España: notas para su registro bibliográfico», en *Los códices de Leonardo da Vinci de la Biblioteca Nacional de España: Estudios y comentarios*. Madrid: Egeria. Club Internacional de Libro, 2009, pp. 11-42.
- Noticias pertenecientes a la Biblioteca Real de S. M: sacadas de las Reals Órdenes, Consultas, Reopresentacioens y otros documentos que exsiten custodiados en el archivo del mismo establecimiento...* S. XIX, 4 v. BNE. Mss. 18843-18847.
- OCCHIUZZI, Franco: «I codici leonardeschi ritrovati sono la "grande scoperta del secolo"», *Il Corriere della Sera*, Milano, 92 (15 febr. 1967), n.º 38, p. 3.
- PEDRETTI, Carlo: *Leonardo da Vinci inedito. Tre saggi*. Firenze: Giunti Barbèra, 1968, 97 p., 76 lám., il.
- PONCE DE LEÓN FREYRE, Eduardo: *Guía del lector en la Biblioteca Nacional: Historia, organización, fondos*. 2.ª ed., corregida y aumentada. Madrid: Patronato de la Biblioteca Nacional, 1949. 96 p., lám.
- RETI, Ladislao: «The Leonardo da Vinci Codices in the Biblioteca Nacional de Madrid», *Technology and Culture*, 8 (1967, oct.), 4, pp. 437-445.
- «The two unpublished manuscripts of Leonardo da Vinci in the Biblioteca Nacional de Madrid - I [-II]», *The Burlington Magazine*, CX (1968), pp. 10-22 y 81-89.
- ROSCI, Marco: «Inaspettata scoperta a Madrid. 700 nuove pagine di Leonardo», *Atlante*. Novara, 28 (1967, aprile), pp. 82-91.
- VÁZQUEZ DE PARGA, Luis: «Algunas noticias sobre la organización y primera catalogación de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional», en *Homenaje a Federico Navarro: Miscelánea de Estudios dedicados a su memoria*. Madrid: Anabad, 1973, pp. 435-445.